

Abril de whisky y viernes en las rocas

Ladislao Aguado

A Andrés Jorge.

LA CASA ESTABA COMO PARA UNA FIESTA CON BELKIS Y LUCILA Y CAROLINA Y Berta y mi mamá, y ni habían abierto la botella de Chivas Regal que alguien le regaló a Carolina y las cinco estuvieron muy de acuerdo en esperar que yo llegara, aunque ni era mi cumpleaños ni sospechaban de lo mucho y tanto y de pronto como el whisky me enamoraría de Berta. Sería acaso porque ya me estaba saliendo el bigote y era una lástima que aún no supiera lo que era el whisky, ni enamorarse de una vez, a pesar del nombre de Berta y los treinta-tantos años de ella y los muy incipientes catorce míos. A lo mejor no me esperaban y fue simple coincidencia que no les hubiera alcanzado el tiempo para abrir la botella antes que yo regresara de la escuela: tan pocas las clases ese viernes. Quizás les sorprendió lo repentino de mi entrada a la casa y entre cinco mujeres, pues que el hombre descorchara, sirviera la bebida impregnada de olores a madera y alzara el vaso, así de enérgico como lo había visto hacer en las películas, por ellas, y ni una mueca aun lo abrazante del Chivas Regal en las encías, en la lengua; y bien enseguida, la amenaza de las lágrimas y el ridículo como ellas lo notaran, la pena si mi mamá advertía la tantísima pena que el whisky me dejaba en la boca y yo tan de frente y enérgico como en las películas, allí delante de Berta y Lucila y Belkis y Carolina. Y quizás hasta lo notaron, pero entre cinco mujeres, que el hombre pusiera alguna música: algo tan confidencial como María Bethania o Simonne o más doloroso a lo Julio Iglesias, Roberto Carlos o los Bee Gees. Y mejor que mejor si Paul McCartney cantaba en solitario y no se me ocurría un Feliciano de todos los hombres y sus dolores y de bares y cantinas, que aquella no era una tarde de bares y cantinas, sino un viernes de marzo —si la memoria no me falla—, en el que quizás regresé demasiado temprano de la escuela, justo cuando ellas no me esperaban para ese Chivas Regal que recién había destapado porque ya me salía el bigote y entre cinco mujeres, mejor si me quedaba y compartíamos aquel tan buen whisky según Belkis y Lucila y Carolina y mi mamá y también Berta: a quien ya le notaba algo de guarida entre los senos y el escote casi profundo de la blusa.

Las ventanas de la sala estaban entornadas por el sol, y me agradó el regusto a madera mojada que se me apretaba en la boca, tanto como la voz endurecida de María Bethania o los labios de Berta mientras soltaba el humo del cigarro o los dedos de Carolina siguiendo la canción sobre la mesa. Era agradable aquello de ser el hombre de cinco mujeres ante una botella de Chivas Regal recién abierta y que la luz entrara tenue hasta nosotros como si estuviéramos en un bar de luces mortecinas y no en mi casa de todos los días y todo el sol de otros meses que no eran aquel marzo ni aquel viernes en que tal vez llegué demasiado temprano de la escuela o ellas me habían esperado porque ya me salía el bigote y no era justo que aún no hubiese probado el whisky, levantado un vaso así de enérgico como lo había visto hacer en las películas y frente a cinco mujeres disimulara el ardor de la bebida, las consabidas lágrimas y fuera yo quien se decidiera por María Bethania y no por Paul McCartney en solitario como quería Carolina, ni por algo tan desconcertante como los boleros que ya enseguida quiso escuchar Belkis, también Berta y mi mamá, o el Julio Iglesias de Lucila. No: María Bethania cantaba ese viernes de marzo con voz endurecida, como de whisky y no porque ella me gustara —que lo mío era Foreinger y Cindy Lauper y Madonna tan reciente entonces—, sino por sentirme encantadísimo con las amigas de mi mamá, tan impredecibles y refinadas; o acaso porque ya me crecía el bigote y tiempo era de que me enamorase de alguna Berta aun lo descorazonador del nombre y me olvidara de Sonia y hasta de Raysa y de la mañana que me dejó sobarle las nalgas en la biblioteca de la escuela, mientras la bibliotecaria se empecinaba en leernos el Diario de Cristóbal Colón. Y de la otra mañana, ella y yo solos en su casa, todos estaban para el trabajo, Santiago, y de lo espontáneo y qué remedio y sin auxilio de aquella venida mía no bien me sentí encima las mismas nalgas que días antes había sobado en lo muy al fondo de la biblioteca. Debía olvidarlo todo, porque ya Berta se quitaba los zapatos y me enseñaba lo rosado de las uñas, el calor de los pies, ciertos lunares mínimos. Y por si no la miraba lo suficiente, dejó las piernas bien cerca de mí como para que nada me evitara olerlas, y hasta acariciarlas, si ese viernes de marzo hubiéramos estado no más ella y yo y la botella de Chivas Regal y era posible un desnudo que comenzara desde sus uñas tan rosadas hasta lo apenas terso del cuello y el vientre como un triángulo de vello ennegrecido y sus senos, más que una guarida, cayendo como dos bolas de estambre contra su cuerpo.

Pero quizás ese día regresé demasiado temprano y Berta y Carolina y Lucila y Belkis y mi mamá me acogían como el hombre entre cinco mujeres, porque total, si ya estaba allí, no era cosa de sacarme a la calle y que no supiera lo que el whisky me adormecería la lengua, si ya me salía el bigote y fui yo el primero en levantar el vaso así de enérgico y de frente a ellas como lo había visto hacer en las películas. No, cuándo había pasado que un hombre se fuera de la casa y abandonara a cinco mujeres con una botella de Chivas Regal y para colmo, de lo más embulladas con la voz angosta de María Bethania. No; aun ese hombre hubiese regresado demasiado pronto o descubierto un viernes de marzo que cinco mujeres lo aguardaban frente a una botella de whisky porque

ya le salía el bigote o esas casualidades, a ellas les urgía que alguien levantara un vaso y brindara enérgico como a lo mejor lo había visto hacer en las películas y, como en las películas también, se aguantara las lágrimas y comenzara desde entonces a enamorarse de Berta aun lo achacoso de su nombre y de sus uñas rosadas, ciertos lunares mínimos y el olor de sus pies, como si estuvieran solos en aquella sala de persianas entornadas, contentísimos ante lo mucho que ya le crecía el bigote, junto a la de pelos bajo el brazo y en el vientre: tan negro como el suyo, aventuré.

A veces me pregunto por qué no fue lo mismo con Carolina o Belkis o Lucila, y ese viernes —aun no esté seguro que fuera marzo entonces— Berta comenzara a olvidarme de Sonia y hasta del bochorno frente a Raysa no bien descubrió lo abundante que mi leche la ensopaba, con lo tan reciente que me había posado las nalgas encima. Pero a mí se me ablandaron todos los recuerdos adentro y un sabor como de madera mojada se me acunó en la garganta y Raysa fue apenas dos nalgas, el sudor de su carne y mis manos atenzadas a ellas. A ratos me pregunto por qué Berta y sus tetas como dos bolas de estambre y trato que sea Carolina, pero recuerdo cierta vez que fuimos a la playa y de lo verdiazul y cubiertos por un mapa de venas que le encontré los muslos, justo donde yo suponía una piel como la de sus piernas: sin trazos. O Belkis, y sería porque su voz se me figuraba como el ruido del hielo al chocar contra los vasos. O Lucila, y fue acaso que tenía un cuerpo excesivamente grande y firme, casi aplastante. O esa tarde ninguna de ellas me arrimó sus pies para que pudiera olerlos, percatarme de lo rosado o rojo o hueso de las uñas y de aquellos ciertos lunares mínimos que yo nunca había visto. Y a ratos también insisto en la de accidentes que me llevaron a Berta y presiento que era ella quien se me insinuaba de hembra entera, aun solo pudiera verle los pies y la imaginara sobradamente desnuda hasta su cuello nada terso y su vientre ennegrecido y sus tetas, como dos bolas de estambre, dándose a mamar, rollizas.

Pero Berta parecía no acordarse de mí y muy por el contrario, andaba atentísima al whisky y a la música de María Bethania y a lo mucho que Carolina se había impresionado con el libro de un tal ahí que yo nunca había leído y si mal no recuerdo Berta tampoco, ni mi mamá ni Lucila, solo Belkis y eso porque ellas eran tan amigas que enseguida Carolina se lo había prestado y andaban así de entusiasmadas las dos con no sé qué de la Habana y de un infante muerto, como las cinco frente al Chivas Regal y el queso en cuadritos y las cebollitas encurtidas que tanto le gustaban a Berta, se notaba.

Y hasta hice —o apenas simulé— de irme para la calle, pero Lucila y mi mamá, que me quedara con lo bien que la estábamos pasando, Santiago, y Carolina si le ponía al fin a Paul McCartney en solitario o mejor a los Bee Gees y Berta que ella me preparaba enseguida un saladito con queso y cebollitas y otra vez queso y me lo dio de su mano en mi boca, toda echada hacia delante, anunciándome la oscuridad de sus senos grandes y Belkis que ni quejarme podía con tantas mujeres para mí solo, tan lindo como me encontraba así de ronco y con mi bigote nuevo, hecho un amor, Santiago, y Lucila que no fuera pesado y era más, que me sentara entre ella y Berta y no allá lo muy

lejos como si estuviera de castigo. Las cinco tan al borde y a punto de invitarme a que probara uno de aquellos Salem mentoladísimos o hasta los Populares de Belkis, si quería; mientras yo me encantaba con lo alegre de la tarde y las amigas de mi mamá, como si recién entonces regresara de la escuela y de hombre entre cinco mujeres destapaba la botella de Chivas Regal y les tendía mi vaso para un brindis así de enérgico como lo había visto hacer en las películas. Tan encantado que ni pensé en los deseos de fumar que nunca tuve y no bien me acomodé entre Berta y Lucila, encendí un Salem y me encontré lo muy dispuesto del mundo a aguantarme las lágrimas del whisky entre unas tetas grandes y unos muslos duros; aunque los pies de Berta me quedaran lejos y fuera demasiado insinuante alcanzar con la vista lo mínimo de sus lunares, el rosado de las uñas o procurar que el olor de sus dedos no se confundiera con el regusto a madera y el vaho rubio mentol de los cigarros.

Y allí, entre Berta y Lucila, recostado a Berta, encimadísimo a lo hondo y oscuro de sus pechos inmensos; aun sin saber dónde ni a quién se lo había oído, se me ocurrió aquello de *mujeres a mí que soy hombre fácil*. Y lo de menos que Paul McCartney cantara en solitario o Carolina no se aburriera de contar aquel libro otro que tampoco yo había leído, si Berta y mi mamá y hasta Belkis tan leída junto a Carolina y hasta la misma Carolina, se volvieron alegrísimas con el chiste y Lucila y Berta simulaban ahogarme de manos por la espalda y el pecho, y de tetas como bolas de estambre y perfumes desvanecidos a la intemperie de todo un día y el olor a Chivas Regal mezclándose en las salivas, en las sobras de los creyones de labios. Tan risueñas y hurgantes, que hasta noté lo muy seria que se ponía mi mamá. Sería como si temiera que las uñas de Lucila pudieran llegarme hasta el pantalón o en verdad, Berta me tragara de cabeza guarida adentro: solo, por si ya me olvidaba para siempre de la risa, y de las nalgas de Raysa y de mi semen bañándola alto y mucho, o aún no creía en lo muy tibio que podía ser aquel hueco enorme entre sus senos: por puta, me habrían aclarado los socios; aun el whisky, los cigarros mentolados y lo muy divertido que encontrara Berta el chiste mío, o precisamente por ello. Mi mamá las miró todo lo seria que sabía y le enseñaba el Chivas Regal, circunspecta como si le costara un mundo creer lo tanto y hondo, como ella suponía, que me entraban Lucila y Berta. Y Paul McCartney volvió a cantar en solitario y el hielo chocó en los vasos hasta confundirse con la voz de Belkis, y Carolina que no abusaran de mí o esa noche no habría quién me hiciera dormir; justo para que mi mamá mirara aliviada entonces y el olor de Berta me convenciera de lo tan poco puta como era ella: las putas no olerían jamás a mi mamá, convine, ni trabajaban en oficinas con aire acondicionado ni tenían carro ni eran abogadas respetables, pulcras. Aun los socios, las putas eran unas mujeres de culos terriblemente grandes y miradas putísimas como sus bocas y el rojo de sus labios, que usaban pantalones apretados, blusas lo inmenso de escotadas y transparentes, sayas cortas y pulóveres a rayas; jamás blusas floreadas y un jeans los días que no había trabajo y eso, con zapatillas blancas. Las putas no se me parecían a Berta ni olían como mi mamá ni se tomaban un whisky en la casa, ante un hombre a quien recién le había salido

el bigote, bajo el amparo de la luz que se escurría mortecina a través de las persianas, mientras Paul McCartney cantaba en solitario *No more lonely nights* y Carolina seguía con el cuento de aquel libro, que excepto Belkis, allí nadie había leído. Claro, que ante los socios no me hubiera atrevido con Lucila, que montones de veces que la había visto yo con aquellos peinados así de putísimos y los labios como bombas de negra reventando de rojo, y en pantalones y pulóveres que la hacían una apretazón de nalguitas y tetas escurridas hacia el ombligo. Aunque quizás no debí pensar que no me atrevería con los socios por Lucila, porque tampoco las putas se paraban en seco a la primera mirada que yo le encontré muy seria a mi mamá. Pero a lo mejor no fue otra cosa que una basura en el ojo, un mosquito en el cuello, un aire en el estómago y ella torció la cara, abrió inmenso los párpados y fue como si las mirara seria a partirse por lo tan audaces como movían sus manos por encima mío, casi hasta más adentro del pantalón, casi hasta lo hondísimo de las tetas de Berta en formación de guarida.

A lo mejor no le cayó ninguna basura en el ojo, ni ningún mosquito la pico en el cuello, ni ningún aire se le atravesó en el estómago y todo no fue más que un golpe de Chivas Regal así de áspero y garganta abajo, y el esfuerzo de ella, sería, por evitar que las lágrimas le surcaran el maquillaje como si no fuera marzo, sino julio o agosto y el sudor le revolviere en un viso gris, el azul de los párpados, el negro de las pestañas, el rosado de las mejillas. Y más debió ser un golpe de whisky que otra cosa, supongo, pues no bien Berta y Lucila volvieron a las cebollitas encurtidas, al queso y Paul McCartney dejó de cantar en solitario y Carolina que mejor si oíamos a los Bee Gees de una vez al fin; la botella de Chivas Regal se dejó ir calmosamente hacia el fondo, confundiéndonos la voz de Belkis con el sonido del hielo contra los vasos, la lengua adormecida con el sabor de la madera; y recién se terminaba cuando volvimos a ser cinco mujeres y un hombre, dispuestos a que la tarde no se cortara así de pronto, más si aún faltaban por encender las lámparas de pie que hacía tan poco mi mamá había comprado y hasta Lucila hablaba de irse a la cocina y Belkis que ella picaba la ensalada y mi mamá y Carolina pelarían las viandas y Berta que ella bien podía escoger el arroz; y al igual que en las películas, yo esperaba a que la comida estuviera lista para sentarme a la cabecera de la mesa como el hombre entre cinco mujeres que esa tardenoche miraban con tristeza la botella vacía y quizás extrañaban el tiempo que le faltó a Gal Costa para cantar durante ese viernes de aquel marzo, que tal vez fue abril, porque a cualquiera le falla la memoria. Acaso no debí asombrarme de lo tan rápido que se nos acababa la fiesta, o fueron ellas quienes me lo contaron antes y yo las escuché atento a los últimos golpes del hielo contra mi vaso; pero Berta ni se demoró en sacar —tintineantes— las llaves del carro y le dijera dónde comprábamos a esa hora algo decente y que la acompañara porque se veía feísimo a una mujer entrando sola a un bar y si compraba una botella, peor, ni quién aguantara a los hombres.

Y hasta esperaba otra mirada seria de mi mamá por Berta a sus anchas conmigo en el carro, lo muy dulce, como si apenas notara lo tanto que ya me enamoraba, y sus tetas, insinuándose, como bolas de estambre: Berta y yo en el

carro, luego en el bar, pensaba; cuando mi mamá que ni falta hacía que saliéramos —recordándome que ella no se había puesto seria: todo no fue más que aquel golpe de whisky en la garganta, la basura en el ojo, el mosquito en el cuello, el aire en el estómago— que una botella «buena» ni quien la encontrara a esa hora en ningún lugar, que ya se ocuparía ella de buscarle otro regalo a José Carlos, él entendería, y enrumbó risueñísima hacia el cuarto, una sorpresa, como si ya celebráramos el cumpleaños de mi tío allá por septiembre, que Lucila picara un poco más de queso y sacara unas galletas y el resto de las cebollitas encurtidas, Berta, que lo íbamos a necesitar, mientras mi mamá regresaba con una caja envuelta en papel de regalo y hasta con un lazo y una tarjeta en blanco, él la entendería, que buscara más hielo yo.

No doy por seguro que fuera marzo entonces, pero sí viernes y también que yo era el hombre entre cinco mujeres y ya me salía el bigote y me había enamorado de Berta —a pesar de lo macilento del nombre y de aquellos ciertos lunares mínimos y de su vientre supuestamente ennegrecido y de sus tetas como bolas de estambre— y que tal vez esa tarde regresé demasiado temprano o ellas me esperaban o supuse que mi mamá había mirado seria a Lucila y a Berta por sus manos yéndose hasta lo más incierto mío y que destapé aquella botella de Chivas Regal y luego alcé enérgico el vaso como había visto hacer en las películas. Era viernes esa noche que mi mamá me pidió que sacara más hielo, mientras ellas me esperaban sin tristeza y como muy embulladas con Gal Costa, yo confundía el sabor de la madera con mi lengua adormecida y por segunda vez había una botella de whisky sobre la mesa y cinco mujeres me aguardaban para que abriera aquel Johnny Walker del cumpleaños de mi tío allá por septiembre y más que un brindis, levantara apenas el vaso, ya no así de enérgico como había visto hacer en las películas, y nuevamente trocara el ruido del hielo con la voz de Belkis encantadísima ante el traje negro y los doce años de Juanito el Caminante, comentó.

Las voces se engastaban a la música, al ruido del hielo en los vasos y no pensé en Berta, ni en Sonia, ni en la cara seria que tal vez puso mi mamá; sino en dormir, aunque ya no importaba dónde y si en mi cama mejor, mejor que sobre el pecho de Berta o las nalgas de Raysa, en mi cama. Ya no importaba quién cantara entonces o si esa tarde regresé demasiado temprano o no pude alzar enérgico el vaso frente aquellas cinco mujeres que me miraban dormirme contra las tetas de Berta, bajo el abrazo de Berta; mientras Berta se reía y el ruido de las voces se apagaba, confundido, con el chocar de los hielos y el recuerdo lejantisimo de Gal Costa. Me levanté así de tieso como había visto hacer en las películas y sería por lo mucho que pensaba entonces en mi cama, que la sala y el cuarto y las puertas comenzaron a girar y ya no sentí más el gusto a madera en la lengua. *Esta noche nos caemos del mundo*, creí que la bibliotecaria leyó aquella mañana de las nalgas de Raysa y el techo blanco del cuarto se me hizo de un gris pendejo como de niebla. Entonces vinieron los calambres, el vómito, la mano de mi mamá sujetándome la cabeza dentro del lavabo, yo mirándome a ratos en el espejo del baño, notando cómo el mundo se acababa aquella noche en que nos caíamos de él. Aquella noche en que la

casa se escurría y nosotros con ella y yo con la cabeza del lavabo al espejo, del espejo al lavabo, sin que me importara un carajo Berta y Lucila casi tan lejos de la puerta que el espejo no lograba asirlas y se perdían a cada golpe de mis náuseas en el lavabo; mientras mi mamá me sujetaba fuerte el estómago, la cabeza, y ellas se iban de mis ojos como si no estuvieran allá detrás de mí, sino en la sala. En la sala de hacía un rato, justo cuando yo me levanté así tieso como había visto hacer en las películas, justo cuando estaba por entrar al cuarto y volví apenas la cabeza y soñé que Lucila recién terminaba, a mis espaldas, el beso que yo le debía a Berta; justo cuando me vinieron las arcadas y pensé en la cara tan seria que pondría mi mamá como no me alcanzara el tiempo y vomitara en el piso.

